

## ARTURO ANDRÉS ROIG Y SU FILOSOFÍA DEL SIGLO XIX. ROMANTICISMO CULTURAL, POLÍTICAS DEL DISCURSO Y ENSAYISMO SOCIAL.

Gerardo Oviedo<sup>1</sup>

Universidad de Buenos Aires  
gerovied@yahoo.com.ar

### RESUMEN

Se propone un recorrido por los escritos del filósofo Arturo Andrés Roig donde se hace visible cómo el autor despliega los núcleos temáticos fundamentales de su “lectura filosófica” del siglo XIX. Nuestra aproximación aborda dos ejes concomitantes de la visión romántica liberal como ideario de las élites letradas que participan de la formación de la nacionalidad cultural: las políticas lingüísticas de intención emancipadora y el surgimiento del ensayismo social. Por su valor paradigmático, se hace especial hincapié en la construcción semiótica–discursiva del *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento.

### *Palabras clave*

Políticas lingüísticas, ensayo, semiótica, pragmática.

### ABSTRACT

The article sets out like a route by writings of Arthur Andres Roig where it unfolds the fundamental thematic nuclei of his “philosophical reading” of century XIX. Our approach approaches two concomitant axes of the liberal romantic vision: the linguistic policies of emancipatory intention and the sprouting of the social essay. Special emphasis in the semiotics speaking construction of the *Facundo* of Domingo Faustino Sarmiento.

### *Key words*

Linguistic policies, essay, semiotics, pragmatic.

---

1 Profesor de la Universidad de Buenos Aires y Doctorando en Filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina).

La recepción y crítica de la obra de Arturo Andrés Roig se encamina a definir una de las actividades centrales de la filosofía latinoamericana actual. Indicios de ello proceden ya de sus más destacados colegas. Patrice Vermeren, al interrogar si en su figura asistimos a “un filósofo que intenta reposar en la lectura de la tradición, y esclarecer de una vez la pregunta dedicada a la cuestión de la emancipación humana”, contesta efectivamente que dicha “razón sería suficiente para hacer necesaria y actual la lectura de Arturo Andrés Roig” (Vermeren, 2008: 5).

Por su parte Horacio Cerutti Guldberg, radicalizando la premisa axiológica que subyace a aquélla entusiasta pregunta de Patrice Vermeren, la torna divisa de todo un programa de investigación a ser encarado por el pensamiento latinoamericano contemporáneo, y aun declara de Arturo Roig que sólo “un estudio minucioso, acucioso de su prolífica obra es el que nos puede poner en condiciones de avanzar de veras” en la “reflexión filosófica nuestroamericanista” (Cerutti, 2009: 15–16).

De organizar ese abordaje sistemático del pensamiento de Arturo Roig no ya sólo en zonas temáticas, obsesiones teóricas e interrogaciones conductoras, sino aun en “filosofías seculares” de Latinoamérica, corresponderían sin dudas éstas a los siglos XIX y XX. En la lectura filosófica del siglo XIX tendríamos al paciente investigador que explora archivos y que relee legados culturales provinciales, nacionales y continentales en términos de un programa de “historia de las ideas”. En la lectura del siglo XX, además, encontramos al activo filósofo en situación que construye un humanismo crítico latinoamericano en clave de “antropología de la emergencia”. Dentro del vasto *corpus* que forma la obra de Arturo Roig —que Horacio Cerutti Guldberg inscribe como nuevo hilo conductor de las vanguardias filosóficas latinoamericanas—, de momento quisiéramos averiguar si en su reflexión encontramos aportes para una teorización del género ensayístico latinoamericano.

Por lo demás, advertimos que si en los escritos de Arturo Roig no hay una “teoría del ensayo” en un sentido formalista, sí en cambio hallamos categorías de análisis centrales a ser tenidas en cuenta en cualquier tematización de este género en América Latina. Alcanzamos a vislumbrar que dichas categorías giran en torno a dos temáticas que nuestro autor despliega en el marco de su “filosofía del siglo XIX”: a) el análisis de las políticas del lenguaje en la primera mitad del período; y b) la lectura de Sarmiento, en particular su análisis semiótico del *Facundo*. En lo que sigue procuramos trazar un recorrido sintético de ambas trayectorias de in-

vestigación, cuyo hilo conductor atraviesa un programa filosófico sumamente amplio, implicado en una vida de compromiso con la praxis moral y política —y pedagógica— latinoamericanista.

#### LA VOLUNTAD DE EMANCIPACIÓN AMERICANA Y LA VIDA DEL LENGUAJE

En sus construcciones narrativas, Arturo Roig desplaza las pretensiones ontológicas fuertes de la filosofía de la historia, a favor de las categorías interpretativas más aligeradas de compromisos esencialistas, a la vez que metodológicamente más atentas al régimen discursivo y al contexto social-histórico de los textos, de la historiografía de las ideas filosóficas latinoamericanas. Ello implica una transformación en el concepto mismo de Filosofía. Según Arturo Roig, la “pretensión de universalidad”, si bien es propia del saber filosófico, nada nos asegura de su “dignidad”, por lo cual debe justificarse más bien por la pretensión de “constituir un saber que pone en cuestión sus propios supuestos”, y por tanto, “que pone en cuestión aquella universalidad”, con el objeto de erigir “una forma de saber y, en tal sentido, una forma de objetivación, que tiene como especificidad relevante, la exigencia de constituirse en un saber crítico, entendiendo por tal un cuestionar los propios supuestos del saber y del cuestionar sobre el que se organiza ese saber” (Roig, 1995: 35).

Para definir esta actitud epistemológico-metódica y su característico enfoque de investigación —celoso de evitar toda recaída en ontologismos dentro del campo historiográfico-intelectual—, Horacio Cerutti Guldberg se ha referido a una “historia de las ideas sin culturalismos” (Cerutti, 2009: 84-85), y anteriormente Jorge Gracia (Gracia, 1989), y luego con él Carlos Pérez Zabala, han hablado de “historicismo empírico” (Pérez Zabala, 2005). Desde esta clave de aproximación, Arturo Roig ha indagado la lógica profunda de los procesos de conformación de las “formas discursivas” del siglo XIX.

En la narrativa histórico-filosófica de Arturo Roig, el proceso de colonización “clásico”, iniciado desde fines del Renacimiento, implicó una integración vertical del mundo cuyos parámetros presuntamente válidos de universalidad encubrían la voluntad de poder imperial del logos eurocéntrico. En su diagrama de control social, el colonialismo español procuró integrar en una macro-nacionalidad sus posesiones ultramarinas, en forma tal que los satélites y la metrópoli conformaran idealmente una sola nación. Pero la “Nación española” tendía a subsumir, sino a suprimir las diversidades regionales americanas bajo una relativa homogeneidad cultural e histórica, basada en la imposición de la

lengua castellana y el proceso de evangelización. La corona distinguía a los españoles europeos de los españoles americanos, y dentro de éstos, a su vez, entre los “vecinos” criollos, la excluida masa campesina indígena y los esclavos negros. Sin embargo, la “nación española” fue, a pesar de su diagrama imperial, precondición de la imagen de una “nación americana” en el período independentista. Esta homogeneidad cultural construida verticalmente desde el dispositivo colonial fue utilizada posteriormente como fuente de legitimación por el caudillismo, que apelaba a la unidad continental sobre la base de sus unidades territoriales heredadas, pero también como base de la invención lingüística de las nacionalidades emergentes.

Las políticas del discurso conforman operaciones semióticas dotadas de una fuerza simbólica socialmente vinculante, y de representaciones lingüísticas imaginarias que no se reducen a un epifenómeno de sus determinaciones materiales subyacentes. Más allá de todo reduccionismo, Arturo Roig parte del principio de que existe una “co-esencialidad” entre lenguaje y vida cotidiana, donde a la par arraiga la condición de posibilidad de las proyecciones utópicas de la productividad imaginaria (Roig, 1987). Ese lazo co-esencial lingüístico-trascendental supone que el habla es la forma más viva de objetivación, medio de confluencia de todos los modos de objetivación y de objetividad restantes de la praxis humana. Por ello Arturo Roig denomina “objetivación discursiva” a la realización semiótica que articula la vida de los signos en el ámbito de un mundo estructurado como lenguaje. Ello tiene una incidencia capital para comprender la relación entre política y lenguaje en las distintas etapas de conformación del pensamiento filosófico y social, en general, y particular para los análisis histórico-culturales específicos, como los encarados por Roig sobre las “formas discursivas” que rigen la imaginación letrada sudamericana de la primera mitad del siglo XIX. Ello es manifiesto, por caso, con respecto a la cuestión pragmática del empleo del castellano en América, y su legitimación por parte de los distintos sectores sociales en que se distribuye la masa de hablantes. Pues se trata “no tanto de estudiar el desarrollo histórico del castellano en América, como el de las políticas de lenguaje movilizadas” (Roig [1991], 2008: 31).

El castellano imperial que se impuso a las colonias americanas a partir de las reformas borbónicas, desplazó a las universidades misionales que enseñaban las lenguas indígenas de mayor difusión —quichua y guaraní—, y se propuso homogenizar lingüísticamente una plebe aborígen y urbana propensa a la pro-

testa y al tumulto. Para contener ese fermento social y cultural indócil se sirvió de la autoridad preceptiva que descendía de las universidades Reales. La segunda mitad del siglo XVIII experimenta el despertar de la conciencia ilustrada y el declive del clima cultural y político del barroco. En este contexto se opera una gramaticalización normativa de la lengua castellana destinada a servir de vehículo de mayor control de los sistemas de explotación de las colonias, reformulando las condiciones de vasallaje de las poblaciones nativas. Bajo esta atmósfera iluminista, surge en intelectuales como el ecuatoriano Eugenio de Santa Cruz y Espejo (1747–1795), la apelación al término “semiótica”, inspirándose en el léxico del discurso médico hipocrático. Pero ya en el período independentista y de construcción nacional se opera una nueva mutación en el orden de representación de las políticas del discurso. En este marco de movimientos insurgentes republicanos, las políticas del lenguaje se reorientan por pretensiones revolucionarias de liberación cultural, activando una voluntad semiótica de emancipación. Los jóvenes románticos rioplatenses, protagonista de la nueva oleada de construcción republicana que sucede a los patriotas revolucionarios, no harán más que extender el movimiento independentista y su lógica de voluntad instituyente a la “emancipación mental”, o sea a la autonomía del lenguaje y la cultura.

Cuando el joven Sarmiento, exiliado en Santiago de Chile, polemizaba filológicamente a través de las páginas de *El Mercurio*, invocaba la necesidad de construir —“constituir”, en el horizonte léxico de la época— una república que incluyera lingüísticamente a los sectores populares. Según Arturo Roig, lo “verdaderamente valioso de esta polémica es que en ella aparece claramente la lucha entre el espíritu ecléctico y el socialista romántico”, por lo que la “violencia de Sarmiento contra la postura ecléctica y la pasión con que declara haber sido y que siempre será ‘eternamente socialista’ explica la aureola anárquica que se le formó en esa época” (Roig, 1960–61: 166–167).

Esa disputa contra la intelectualidad ilustrada del período de las luchas de independencia, estéticamente neoclásica, rompe la separación entre habla culta y académica, o “pura”, y habla vulgar y plebeya, o “impura”, y se encamina a justificar sintácticamente el discurso que Sarmiento denomina “mestizo”. Era a su modo un ideal democrático romántico de integración cívica, expresado en términos de una legitimación de las formas de comunicación coloquial popular. Ello muestra la presencia de una concepción “pragmática” —como la conceptuamos hoy— que también era

compartida por el joven Alberdi en su *Fragmento preliminar al estudio del derecho* (1837), y en otros escritos del periodo. Ahora bien, en los jóvenes Sarmiento y Alberdi no había sin más un grosero repudio a la literatura española del Siglo de Oro, sino más bien un rechazo a su imposición como norma culta por parte de los sectores ilustrados americanos, que la elevaban verticalmente a canon y preceptiva inapelable de habla y escritura correcta.

Hay que esperar hasta el juvenilismo romántico del joven Sarmiento —y en menor medida de Alberdi—, para que la exaltación programática de la voluntad de autoafirmación semiótica redefine un proyecto de emancipación cultural. Su primera manifestación incluye la legitimación de las variantes lingüísticas americanas en forma de conatos de reformismo gramatical. Su pico polémico se corona con la escritura política del ensayismo filosófico-social, cuyo producto textual paradigmático es decididamente el *Facundo*. De ahí que el ensayismo social resulte indisociable del contexto romántico de “emancipación mental” americanista, que es semiótica y lingüística al tiempo que filosófica. Lo cierto es que tempranamente Arturo Roig había reparado en la densidad filosófica del *Facundo*, prolongándose luego en numerosos estudios (Oviedo, 2009). Nuestro filósofo había aseverado que el “*Facundo* es un texto filosófico”, y llegaba a afirmar, explícitamente con el filósofo argentino Luis Juan Guerrero, que “el *Facundo* es, pues, a la vez diagnosis y autognosis y solamente es lo primero porque es lo segundo” (Roig, 1970: 94).

Sin embargo, lejos está Arturo Roig de cultivar una celebración incauta de la figura de Sarmiento. Antes bien, su lectura canónica del *Facundo* no le impide mostrarse sumamente crítico con las responsabilidades políticas de violencia, persecución y aun exterminio que caben imputar a su autor en la historia argentina, en acciones y decisiones implicadas por las guerras civiles que comprenden gran parte del siglo XIX en la Argentina. Si quisiéramos obtener una imagen de la valoración general que Arturo Roig tiene sobre Sarmiento, podríamos recurrir a una consideración que hace en *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, cuando advierte que “Sarmiento, que como pocos argentinos de su época alcanzó una clara comprensión de la misión social del escritor, que inauguró en su tierra, junto con Alberdi, la profesión del intelectual comprometido y que expresó uno de los momentos más vigorosos de conciencia histórica del siglo XIX, no pudo trascender los límites de una autoafirmación transida de contradicciones y de violencia” (Roig [1981], 2009: 271).

Arturo Roig muestra que no es casual que la problemática de una “filosofía americana” apareciera dentro de la búsqueda de un “discurso propio”, pero tampoco lo es que el “americanismo literario”<sup>2</sup> confluyera, en particular en Sarmiento, en un proyecto cultural que no era ajeno a aquella filosofía, aun cuando fuera manifestada a través de diferentes símbolos expresivos, precisamente propios del ensayo. Esta clave de lectura nos invita a recorrer cronológicamente algunos de los estudios roigianos donde los vínculos entre americanismo filosófico y americanismo literario son expuestos en el modo en que conviven activamente al interior del proyecto romántico liberal. Pues dichas conexiones dan lugar a una comprensión del horizonte empírico–trascendental de las condiciones histórico–discursivas de posibilidad del ensayismo social argentino y latinoamericano del siglo XIX.

#### ENSAYO Y EMANCIPACIÓN: ARTURO ROIG Y LA LECTURA FILOSÓFICO–SEMIÓTICA DEL *FACUNDO* DE SARMIENTO

Arturo Roig ha emprendido análisis filosóficos, histórico–sociológicos y semiótico–textuales sobre el *Facundo*. Su clave de lectura del texto procura exhibir siempre las políticas del discurso y las categorías sociales que movilizan el escrito de Sarmiento en la praxis histórica concreta, más allá de toda inmanencia estética.<sup>3</sup>

---

2 “Sin duda —escribe Arturo Ardao—, el acento va puesto en las bellas letras, y dentro de éstas, en la poesía, vista siempre, pero más en ciertas épocas y lugares, como quintaesencia de lo literario, del mismo modo que ha ocurrido con la metafísica respecto a lo filosófico. Pero no sólo, por supuesto, la poesía, sino el conjunto de las bellas letras, resultaron largamente sobrepasadas en la noción que de ‘literatura americana’ manejó en todo tiempo el llamado americanismo literario. De ahí que, tanto como de emancipación literaria se hablase —para referirse indistintamente a lo mismo— de emancipación del espíritu o del pensamiento, de emancipación intelectual o mental: lo que más tarde se iba a llamar emancipación (o independencia, o autonomía) cultural, o de la cultura, con diversos sectores más o menos particularizados” (Ardao, 1987: 10–11).

3 Arturo Roig afirma que “la pregunta por el modo de construcción de las categorías sociales nos da la clave para captar el modo como lo estético se inserta en la realidad y hasta qué punto resulta absurdo intentar análisis estético–literarios dejando de la lado la dialéctica que rige aquella inserción”. “El *Facundo* —dice siempre Roig—, más que otros de los libros de nuestra tradición literaria, tiene el indiscutible mérito de impedir esteticismos, o de reducirlos a silencio con su sola relectura, así como ha reducido a silencio, por su vaciedad, las lecturas que intentan enfrentarlo desde el trivial campo de los ‘errores históricos’. Otro tanto ocurre con aquellos que cree que es factible aproximarse al *Facundo* con instrumentos semiológicos y hacer análisis no menos asépticos que los que nos han dejado los esteticistas. En efecto,

Otra constante de su aproximación crítica ha sido no perder de vista que se hallaba ante la fuerza semántico-política inherente al género ensayístico en la cultura intelectual latinoamericana.<sup>4</sup> Liliana Weinberg valora esta potencia discursiva de apertura y horizonte instituida en el campo semántico del ensayo —tan determinante en la historia del pensamiento latinoamericano—, por su potencia hermenéutica configuradora de mundos alternativos. Pues, nos dice, “la lectura del texto proyecta un mundo, un halo de sentido”, el cual “hace participar de una nueva experiencia que la propia obra ha ayudado a generar”, con lo que, según Liliana Weinberg, se ha “pasado un umbral”: se ha “entrado en otro mundo gracias al texto” (Weinberg, 2004: 60–61).

En efecto, el ensayo romántico juvenilista presente en la escritura de Sarmiento supo configurar y proyectar un mundo: el de la América culturalmente emancipada. Arturo Roig ha mostrado que el *Facundo* —precisamente uno de los textos fundacionales de la tradición ensayística latinoamericana (Vitier, 1945)—, pertenece todavía a la primera etapa romántica, la del nacionalismo continentalista que, en conjunción o cercanía con el utopismo de Alberdi, todavía representa el anhelo de un programa de americanismo integrado. Empero, Roig descubre en el texto de Sarmiento un estado de tensión hermenéutica interna. Bajo esta luz, “el *Facundo* es como un dios Jano que está mirando hacia dos etapas del desarrollo del pensamiento liberal: el de emergencia y el de consolidación, haciendo concesiones, que no tenemos por qué no aceptar como francas, más negándolas luego en favor de un espíritu de dominio, que acabaría siendo el de las oligarquías a fines del interregno” (Roig, 1980: 77).

---

la elaboración, de las categorías sociales en Sarmiento no se resuelve en la pretensión de llevar a cabo una construcción en un nivel puramente semiológico, si es que tal ‘pureza’ es posible, sino que se apoya en una voluntad de construcción de tipo político, por donde se cuele la arbitrariedad, riesgo que nos pone de modo vivo ante la radical historicidad desde la cual ha sido elaborado el discurso” (Roig, 1989: 266–267).

4 Sobre la centralidad de esta forma discursiva para la cultura latinoamericana, Horacio Cerutti Guldberg supo acotar que, bajo el supuesto de que “el ensayo no produce ningún tipo de conocimiento pertinente sobre la realidad, nos quedamos sencillamente sin conocimiento de la realidad de Nuestra América, habida cuenta de que un porcentaje sustancial, por no decir la totalidad, de nuestra producción es ensayística” (Cerutti, 1993: 13).



La duplicidad histórico-ideológica del discurso liberal revela la contradicción que lo atraviesa, resultado de su postrer integración al proyecto de modernización capitalista que propugnan. Pues si en principio se reconoce la vida cultural americana en su especificidad intransferible —en actitud paternalista—, posteriormente su entidad es denegada, por efecto de su incorporación a los intereses del imperialismo. Esta contradicción que se despliega entre la ruptura del pacto colonial y la reconstitución del pacto neocolonial, conducirá a la élite liberal letrada, finalmente, al fracaso. En Sarmiento, muestra Roig, ello se manifiesta en el abandono del americanismo problemático del *Facundo*, por una adopción del modelo norteamericano. Cercano al cambio histórico del ochenta, los jóvenes románticos democráticos terminaron favoreciendo el proyecto común del Estado liberal-oligárquico burgués. Ese hecho señala el agotamiento efectivo del proyecto romántico del reconocimiento de las autonomías culturales nacionales, esta vez a favor de un republicanismo elitista, pues desde dicha plataforma se propiciará un nacionalismo impuesto formalmente “de arriba”. Lo cierto es que ya la Primera Independencia se mostró para los liberales románticos hispanoamericanos “como un hecho de dos caras: una positiva, conforme con la cual se pensaba en que aquélla había logrado sus objetivos, la separación de España y el fin del coloniaje; la otra, negativa, de acuerdo con la cual se miraba la gesta independentista como un hecho épico y heroico, pero, a su vez, como un fracaso” (Roig, 1984 a: 17).

En su “lectura filosófica del siglo XIX”, Arturo Roig se pregunta por los “límites” temporales que pueden ser fijados desde el concepto de “mayor densidad histórica” del pensamiento, el cual daría una idea de comienzo y término secular más allá de las coordenadas de la cronología historiográfica. La “densidad histórica” hace a los escritores comprometidos representativos de su “siglo”. A la luz de lo dicho hasta aquí, no deja de ser significativo que en este marco de referencia, Arturo Roig mencione en primer lugar a Sarmiento. Considera, conforme a su perspectiva metodológica, que en los grandes escritores decimonónicos se pone de manifiesto, directa o indirectamente, la totalidad discursiva de una época. El pensamiento de estos escritores es “rico” en la acepción de que ellos encarnan una “plurivocidad discursiva”, pues hallan en él expresión, aunque oblicua o intermitida, los sectores sociales subalternos. Esa presencia semiótica de voces silenciosas o reformuladas en un discurso dominante, es precisamente la condición que les confiere esa dimensión de pluralidad semántica en relación a su inherente densidad discursiva.

La categoría interpretativa que Roig denomina “momento de densidad discursiva”, presenta dos aspectos. El primero concierne al tema del “reconocimiento”, en tanto auto-reconocimiento del escritor mismo y hetero-reconocimiento de la totalidad social. El segundo aspecto se refiere a la “voluntad de fundamentación” que, tanto a nivel práctico como teórico, justifica ese discurso, y por tanto lo conecta con las formas vivas de la experiencia histórica. En consecuencia, el pensamiento de los escritores románticos ensayísticos, no puede valorarse sin tener en cuenta la idea de nación y los proyectos estatales que pretendieron realizarla. Lo que exige en primer término identificar su marca contextual originaria: el problema de las guerras civiles. Ellas mostraron la aparición de otro sujeto histórico que, aunque de modo inorgánico y espontáneo, vino a amenazar los proyectos de unidad política que habían soñado los libertadores desde un código iluminista. Ante el surgimiento —y la insurgencia— de las “montoneras”, de las diversas formas de bandidaje social y de los alzamientos campesinos, los hombres cultos de las ciudades sólo vieron “anarquía”, y en el caso de Sarmiento, una “guerra social”. Según Arturo Roig, los representantes de las clases cultas ciudadanas, fueran liberales o conservadores, elaboraron un proyecto de Estado que había de ser movilizado contra aquella “nación” bárbara. En fin, un Estado armado que moderniza la sociedad a través de la violencia bélica “de arriba”. Este dispositivo bélico-político, en cuanto proyecto ideológico de las clases propietarias, si bien procedía de una herencia revolucionaria de la Ilustración, admitía una representación legitimante romántica. Pues la dualidad Nación-Estado se presentó como una relación conflictiva y como una lucha de contrarios, precisamente una visión “dialéctica”, que era uno de los modos románticos, filosófico-históricos, de comprensión de la realidad en general, y de la temporalidad mundial y local en particular.

Los grandes cortes de sentido histórico del siglo XIX acontecieron entre dos momentos, el de la quiebra del “colonialismo clásico” y el de los inicios del “imperialismo”, que así se balancea en aquella especie de “interregno”, según el esquema de legibilidad temporal propuesto por Roig. Si el espacio de acontecer histórico que define el “interregno” conforma a su vez el contexto de aparición del ensayismo social en íntima conexión con el discurso filosófico-historicista, esta relación, explica Arturo Roig, “se expresó en los escritores nucleares del siglo XIX, en el estilo mismo del discurso dentro del cual la filosofía jugaba su papel epistémico”, pues ese “estilo se organizó en general sobre las pautas

expresivas del ensayo". Aquí "ensayo" connota un conjunto de formas de mensaje alternativas respecto de las tradicionalmente vigentes. Por ello, estas nuevas expresividades consisten en "un 'espíritu ensayístico', reflejo directo del gran ensayo que significó el proceso de ordenamiento dentro del cual se intentaba lograr la solución de la contradicción entre la realidad nacional y el proyecto de estado"; a tal grado que cuando "el 'ensayo' entró en las preceptivas literarias, como uno de los tantos 'géneros', dejó de ser 'ensayo' en el sentido indicado o perdió por lo menos buena parte de su valor y fuerza como forma alternativa de mensaje o fue, si se quiere, una 'forma alternativa' codificada". Si bien, dice siempre Roig, cuando "este espíritu reinó con entera libertad produjo obras que quedaron definitivamente fuera de toda preceptiva, tal el caso de *Facundo* de Sarmiento" (Roig, 1984 b: 164).

Desde este punto de vista, el "espíritu de ensayo" a su vez generó un "ensayo del ensayo". Así quedan establecidas las condiciones de lectura fundamentales para comprender el clásico texto sarmientino. Los "grandes escritores" que dieron la "mayor densidad discursiva, vieron claramente que era necesario aprender a 'leer' una realidad cifrada que se ofrecía con nuevos signos", y comprendieron con ello que era necesario construir un tipo de discurso que respondiera a ese universo significativo, para muchos caótico. Se constituye así una primera "semiótica" y su correspondiente "filosofía del lenguaje", que ofrecía la expresividad teórica indispensable para la elaboración de un tipo de discurso adecuado a un nuevo horizonte epocal. Precisamente en su estudio "El siglo XIX latinoamericano y las nuevas formas discursivas", Arturo Roig se pregunta por los límites "que marcan el comienzo y el fin de la época a la que concedemos unidad secular." Nuestro filósofo insiste en la necesidad de establecer la diferencia entre "siglo cronológico" y "siglo cultural". Desde estas coordenadas de referencia, Arturo Roig se pregunta por las "formas discursivas epocales" (Roig, 1991).

Así pues, la "riqueza discursiva" de los grandes escritores se pone de manifiesto por el hecho de que en sus textos se hace presente, de manera directa o indirecta, "la totalidad discursiva de la época". Y por ello operan como puntos de referencia que indican el momento de "mayor densidad histórica" del siglo cultural. Por ello este enfoque requiere superar una noción limitada de textualidad o de análisis textual. El cambio de perspectiva sobre el suelo textual de la tradición decimonónica latinoamericana se dirige a exponer la operatoria de una "política discursiva". En este contexto de producción, Arturo Roig se detiene sobre la importancia

de la expansión de la prensa masiva y periódica en el siglo XIX, que favoreció la tendencia romántica a expresar la vida cotidiana, fruto de lo cual es la literatura costumbrista. Esa importancia del periodismo, que en la época se lo conocía como “diarismo”, define precisamente los límites seculares medidos por su desarrollo histórico. Este proceso acompaña el despliegue de una literatura americana y de un nacionalismo culturalista o “americanismo” literario.

Ahora bien, Arturo Roig repara en el hecho de que este fenómeno del “diarismo”, vale decir, de la creciente intensificación de la presencia de la prensa periódica a partir de 1830 y hasta 1870 aproximadamente, conformaba, debido a su carácter de crítica y opinión, un “periodismo de ensayo”. El status naciente del “periodismo de ideas” es correlativo a la formación de una esfera de opinión pública burguesa que, en esta etapa social, todavía no está sometida a la lógica de la gran prensa de masas. Las élites dominantes carecen aún de un proyecto ideológico homogéneo y precisamente Sarmiento es quien cuenta con el plan de la “educación popular” como estrategia de consolidación de una hegemonía cultural y civil con ciertas perspectivas de éxito. Y es en el seno del “periodismo de ensayo” que tiene su desarrollo el subgénero del “folletín”, la forma bajo la que cobró vida precisamente el *Facundo* sarmientino. Este texto comporta la aparición “una forma discursiva nueva y propia”. Claro que decir que el texto de Sarmiento señala el surgimiento de una forma discursiva nueva y propia, implica otorgar al *Facundo*, y por este medio al espíritu ensayístico, un puesto fundamental en el siglo cultural decimonónico, precisamente en consideración de su “densidad discursiva”. Esta densidad discursiva admite dos planos de referencia, el de los contenidos y el de la forma.

Cuando Roig se ocupa de la forma, contrapone el ensayo al “tratado” doctoral que, según la tradición de sentar doctrina, reúne y agota todos los aspectos sistemáticamente abordados de un sector de la realidad, partiendo de los esenciales y remontándose hasta los aparentemente más secundarios o remotos. Ello no quiere decir que el “ensayo” carezca de objetividad. Antes bien, se rige por un parámetro distinto al de la objetividad doctrinal. El ensayo, subjetivista pero no intimista, centrado en el yo a la vez que volcado al retrato espontáneo del mundo, se realiza a mano alzada, a la manera de los apuntes de viaje, y desde ya, con la transitoriedad y fugacidad propia del diarismo. Su tono era necesariamente escoliasta, comentarista e impresionista. Como se señalado con acierto, posee una dimensión semiótico-pragmática

“gestual”.<sup>5</sup> Ello conforma la impronta fisiognómica del *Facundo* que, estilizando el costumbrismo, supera dialécticamente la mera descripción curiosa o pintoresca, para abrirle paso a la expresividad de los múltiples sujetos sociales que cobran vida a partir de su inserción significadora en la trama de la sociedad real. Sarmiento compone así un cuadro vivaz no sólo en sus coloraciones cotidianas, sino en las capas semánticas de los núcleos sígnicos que remiten a los mensajes ideológicos y las representaciones simbólicas de los distintos grupos sociales en pugna. De ahí que, en el fondo, lo que hace Sarmiento como gran escritor social es dar curso a una nueva racionalidad discursiva. Una nueva simbólica que ya no se asienta sobre el universalismo abstracto del liberalismo iluminista —que aún respiraban los unitarios argentinos—, sino más bien sobre el mundo de la cultura tomado como el prisma de un vasto fenómeno semiótico.

Una nueva fuerza vital retórica, entonces, despojada ya del canon neoclásico, y más eficaz en su apertura a la realidad lingüística de su tiempo, hace que el puro “buen gusto” ceda su puesto a una técnica literaria de comunicación que se hacía efectiva en el contexto pragmático de la totalidad discursiva de la época. Al cabo, se trata de la invención de una retórica ensayística americana. Esta retórica viviente e historicada cobrará en Simón Rodríguez un espíritu verbal, de conversación, incluso más intenso aunque menos refinado que en Sarmiento, según aprecia Arturo Roig. Pero ello dejaba expuesto hasta qué punto el ensayo obligaba al filósofo romántico a entablar un vínculo más próximo con la experiencia del lenguaje oral. Estrategia retórica que, en último término, requiere una teoría de la palabra y de los signos en su constitución semiótica, para acreditarse como genuina y fecunda reflexión. Una retórica, en fin, que solicita servicios a la filosofía. De esa solicitud reflexiva y aun ontológica surge la “semiótica americana”. El propio Arturo Roig proseguirá la reconstrucción historiográfica de este programa de la semiótica americana, dan-

---

5 “En escenarios históricos particularmente densos —propone Adriana Arpini—, en los que se operan cambios sociales significativos, que conllevan modificaciones sustanciales de los patrones valorativos vigentes, se patentiza la necesidad de incorporar áreas expresivas, como la gestualidad, que modifican la jerarquía de un tipo de racionalidad comunicada por la palabra y que trascienden la lingüística del texto. El ensayo es una forma discursiva adecuada para comunicar mensajes urgidos por la necesidad de introducir formas axiológicas diferentes y traducir discursivamente el gesto. Tales formas discursivas podrían ser llamadas ensayos gestuales” (Arpini, 2003: 95).

do cumplimiento a este quehacer con sus lecturas de Andrés Bello, además de Sarmiento (Roig, 1982).

Conforme a esta lectura filosófica del siglo XIX, cuando Roig se propone auscultar la raíz del hecho romántico tal como se manifiesta en el *Facundo*, constata que Sarmiento comprende la experiencia histórica de lo social, vivido y visto como conflictividad y como encuentro donde los valores paradigmáticos de lo “bajo” y de lo “sublime” tienden a igualarse. El protagonismo de los signos vivos se encuentra tanto en el “hombre de frac”, como en el “hombre de chiripá”. Se trata pues de símbolos del desencuentro social, que para Sarmiento era a su vez un desencuentro de culturas que desplegaron el drama de su enfrentamiento en el “paisaje”, o sea, en el espacio asumido como territorio que opera como eje desde el cual se puede explicar a todos los actores que se mueven en el “gran escenario de la lucha”. Sin embargo, según Roig, el determinismo histórico que explicaría a *Facundo* como personaje, no explicaría a Sarmiento, cuya presencia como personaje dentro de su propia obra resulta innegable. Hay que buscar esa presencia, más bien, en el conflicto antropológico-histórico que los encuentra implicados como actores de un drama agonístico. Un drama de la historia que aún no finaliza. Según Roig, así “quedan explicados ambos desde una nueva comprensión de la realidad humana, que ha dejado de ser política, al modo de los ilustrados, para pasar a ser social”, pero donde es “el hecho social, la ‘guerra social’, como lo llamó el propio Sarmiento, lo que nos aproxima a lo que podría ser el ‘eje’ de esta visión romántica” (Roig, 1991: 164)

Con lo último advertimos que la “semiótica” del *Facundo* conforma un capítulo dentro del vasto texto de la guerra civil argentina y americana que está en curso. El *Facundo* es, pues, un texto de guerra. Ulteriormente a este dato bélico-político es que Arturo Roig se encamina a determinar el encuadre semiótico que el joven Sarmiento ejecuta intuitivamente. Respecto a la relación del texto de Sarmiento con los orígenes de la semiótica en América Latina —en tanto Arturo Roig lo considera, junto a Simón Rodríguez, un precursor de una teoría del discurso latinoamericana— nuestro filósofo estima que la realidad social, como hecho conflictivo, se pone de manifiesto en un complejo mundo de contrarios, de oposiciones semánticas, pero donde a su vez estos contrarios se expresan a través de sus símbolos, si no son directamente símbolos. Pues Sarmiento presenta al hombre del desierto desde el punto de vista de los signos que ese sujeto, en medio de su ignorancia, lee y descifra. Con ello la barbarie se tematiza como un grado y

nivel de cultura signica que anuncia, desde un punto de vista en cierto modo evolutivo y genérico, otros niveles superiores, entre ellos, aquél en el que se encuentra el propio Sarmiento como representante de la cultura de la “ciudad letrada”, para decirlo de manera ya clásica con Ángel Rama, incluyendo su dualidad discursivo-histórica.<sup>6</sup>

Arturo Roig muestra que el único discurso que resulta francamente “eludido” en el *Facundo* es el de la población indígena mapuche, rebajada a una etapa casi pre-humana, la del “salvajismo”, posición que ha de legitimar la represión e inclusive el exterminio de esas poblaciones americanas. Pero el discurso de la barbarie se encuentra aludido e incorporado dentro del sistema de discursos referidos. Lo cual supone abrir el discurso a otros lenguajes existentes, y a la vez, frente al discurso de la “ciencia”, asimilar una forma de saber pre-científico. *Facundo* Quiroga vive, en el cuadro representado por Sarmiento, entre la “barbarie” y el “salvajismo”, como un ser que se encuentra en un estado de pérdida de humanidad, pero donde a su vez la “barbarie” es un lenguaje que posee formas de lectura que le son propias, y que han codificado la naturaleza. Según esta hipótesis de lectura —que halla correspondencia con otra hipótesis cultural del crítico chileno Julio Ramos (Ramos, [1989]: 2003: 43)—, ese tipo humano, que de alguna manera se reproduce en todo campesino, es un hombre que posee un cierto grado de “ciencia”, y desde este saber espontáneo, una especial capacidad de leer y descifrar. Pues bien: es el género ensayístico el que analógicamente<sup>7</sup> “lee y descifra” la realidad americana.

---

6 “Visualizamos —dice Ángel Rama— dos entidades diferentes que, como el signo lingüístico, están unidas, más que arbitrariamente, forzosa y obligadamente. Una no puede existir sin la otra, pero su naturaleza y funciones son diferentes como lo son los componentes del signo. Mientras que la ciudad letrada actúa preferentemente en el campo de las significaciones y aun las autonomiza en un sistema, la ciudad real trabaja más cómodamente en el campo de los significantes y aun los segrega de los encadenamientos lógico-gramaticales”. (Rama [1984], 1998: 40).

7 Con Mauricio Beuchot, estimamos que la “hermenéutica analógica” es un instrumento metodológico adecuado, por su restauración del arte de la retórica, para la comprensión del género ensayístico y su textualidad pragmático-semiótica, por más que el filósofo mexicano la piense en primer término en clave de antropología filosófica y ontología del habla. En uno de sus libros más importantes, Beuchot concibe su aporte como parte o variante de la ontología hermenéutica, “por virtud de la noción misma de interpretación analógica, de lectura proporcional y equilibradora del sentido literal y del sentido alegórico o simbólico”. Con ello vemos desde el inicio que la alego-

En su conferencia “El discurso civilizatorio en Sarmiento y Alberdi” —dictada en la cátedra Alberdi–Sarmiento de la Universidad Autónoma de México en 1989 (Roig [1989], 1993)—, nuestro filósofo advierte que Sarmiento no es sólo un constructor de la nacionalidad civil, sino un constructor de discurso. Roig indaga entonces el régimen de categorías que estructuran en Sarmiento el universo lingüístico epocal del siglo XIX que su propia retórica flexiona y articula en sus efectos semántico–históricos y político–discursivos. Roig encuentra que el léxico conceptual de la civilización no meramente vela un proyecto de poder, sino que constituye un horizonte discursivo de comprensión del mundo y aun de representación del tiempo histórico. Pues la propia contradicción antropológica entre Civilización y Barbarie es expresada también como contradicción entre los regímenes temporales de lo “viejo” y lo “nuevo”. Sarmiento exhibe una tensión dialéctica que aunque las contraponga como formas histórico–evolutivas unilaterales, les confiere a sus categorías de fundamentales de temporalidad un status de horizontes de posibilidades y “conexiones de sentido”. Son campos de experiencia del tiempo histórico que aún no se extinguen ni nacen del todo. Sobre el cuadro de esta singular dialéctica semántica, la idea de la barbarie es construida por Sarmiento sobre el trasfondo de la imagen del “feudalismo”, que también era una invención suya.

Pues con la categoría de “feudalismo”, Sarmiento agrupa una serie de elementos dispersos que proceden de zonas de experiencia diferenciadas y aún inconexas, que iban desde las costumbres de la vida rural hasta los remanentes aristocráticos del poder colonial. Comprimían con un solo término un conjunto de formas de vida que de otro modo obligarían a un análisis de la particularidad que Sarmiento no estaba dispuesto a conceder. Por ello su concepto del feudalismo es tan forzado y arbitrario, que comprende en él rasgos que para el pensamiento europeo son precisamente sus contrarios, tales como el jacobinismo y la ausencia de sociabilidad. Sin embargo, se desprende de esta consideración de Arturo Roig que esa articulación categorial de la barbarie en el feudalismo, donde finalmente será absorbida, prueba aún más

---

ricidad y la metaforicidad son repotenciadas ontológicamente, en tal modo que el empleo de las figuras de estilo se fundamentan por su función semántico–trascendental en la apertura de sentido del mundo, y por su función performativo–suasoria en la mediación discursiva de la praxis ético–política, pues se “trata de una verdad y una racionalidad trópicas: la de la verosimilitud y la de lo razonable” (Beuchot, 2004: 125).



su centralidad en el “régimen axiológico” sarmientino, que es correlativo a su régimen “romántico” de representación semiótica. Por consiguiente “el *Facundo*”, advierte Arturo Roig, “se organiza sobre grados y niveles diversos de cultura sígnica”, donde “la ‘barbarie’ es un lenguaje enfrentado con otro, la ‘civilización’, como formas encontradas y antagónicas de semiosis”, y en el cual, por ejemplo, “el chiripá del hombre de campo y el frac del cajetilla de las ciudades eran, más que uso tradicional en un caso o moda en el otro, expresiones sígnicas que nos hablan dentro de un universo organizado como una compleja simbólica”, ya que “una ‘voluntad de símbolo’ da cohesión a todo el texto, más allá de las contradicciones sobre las que se organiza interiormente” (Roig, 1994: 139).

La escritura política de Sarmiento se inscribe plenamente en lo que posteriormente Arturo Roig llamó el “a priori epocal” de la Revolución. Por ello, el diarismo y el ensayo son las formas discursivas más próximas a un mundo en movimiento, “dialéctico”, que padece la alteración dinámica de las cosas y la renovación utópica de la vida. Esa dialéctica viva es producto de la doble revolución de la que hablaba Alberdi, la nacional y política del año 10, y la humana y social de la modernidad que principia con el renacimiento. La movilidad del tiempo revolucionario cobra expresividad estilística en la publicación periódica, en el “diarismo”, su forma discursiva pragmáticamente más adecuada. El diarismo ensayístico, en consecuencia, tiende a ser directamente un acto de habla y una escritura “auroral”, donadora de vida. Pues Sarmiento concibe a la filosofía como una “ciencia de la vida”. Semejante vitalismo o proto-vitalismo romántico implicaba instaurar un tipo de pensamiento atenido a las circunstancias nativas en que se origina la cultura. En el marco de esta “filosofía de la vida” es que Sarmiento acuña su teoría intuitiva del lenguaje. Por ello se autodefinía como socialista, en el sentido romántico francés y saintsimoniano que podía tener en el diccionario que sedimentaba el horizonte semántico-lexicográfico de la época. Pero lo que subraya Arturo Roig es que el ensayismo de Sarmiento se preguntaba por las hablas “dentro de los marcos de una pragmática y en íntima relación con el valor comunicativo del lenguaje, con la pretensión de alcanzar niveles fuertes de performatividad” (Roig, 2001: 25).

Con ello Sarmiento colocaba, sin saberlo, las bases de la filosofía americana en un horizonte de comprensión semiótica que por medio de las polémicas contra el casticismo y la gramaticalización española tradicionalista, en rigor, expresaba el enfrentamiento de

una generación plenamente consciente de que el punto de partida histórico de la nacionalidad americana había sido revolucionario. Y que ese proceso revolucionario permanecía inacabado. En este sentido, los jóvenes románticos liberales se hallaban motivados por una “Segunda independencia” que debía “ser alcanzada mediante la quiebra del horizonte de decibilidad imperante, en otras palabras, del régimen de códigos de lo dicho y lo no dicho.” Como correlato de esta intuición conductora, Sarmiento postula un habla “mestiza” por oposición a la “castiza”, y la consiguiente valoración del *habla* coloquial popular frente la lengua culta y preceptiva. Roig advierte, a propósito de ello, que en el siglo XX, particularmente de la mano de un Heidegger cuyo giro innominado al ser ha ontologizado el plano profundo de la lengua en desmedro del nivel comunicativo del habla socializada, esta apreciación de la vida política de los signos adquiere nueva luz, por la necesidad del retorno a una “semiótica latinoamericana”. Frente al ser que nos dirige la palabra, Arturo Roig, sin mutilar la densidad ontológica insoslayable que comporta toda tematización del acontecer de la vida de la lengua —pero a la vez sin recaer en un esencialismo de la voz y la escucha—, se conduce a un retorno de lo que llama un “decir de hablas”.

Y sin embargo, creemos que ese decir hablante requiere de una reapertura de la escucha. Por ello estimamos que la semiótica filosófica de Arturo Roig, centrada en la tematización del “decir de hablas” de las tradiciones lingüísticas del continente —incluidas las múltiples hablas de los pueblos originarios—, constituye una clave privilegiada de acceso a la cuestión de la identidad latinoamericana. Es un programa que se ajusta bien a una consigna de trabajo también propuesta en su momento por Horacio Cerutti Guldberg, cuando sostuvo que la “categoría de identidad merece una resemantización no deshistorizante para ser eficaz en nuestros debates de hoy” (Cerutti, 1996: 25). Pues se trata de la tematización de una construcción identitaria latinoamericana que no puede sustraerse a una dialéctica de la unidad en la pluralidad múltiple, esto es, de la mediación de las manifestaciones simbólicas de sus formas de vida. Si es que tampoco se equivoca Mario Magallón Anaya, cuando consigna que la “diversidad humana, de las sociedades y de las culturas no significa en la filosofía latinoamericana fragmentación, disolución, dispersión, caos, desorden, ahistoricidad” (Magallón, 2003: 118).

Ello se plantea también en relación a la dialéctica de los comienzos y recomienzos del filosofar latinoamericano. Arturo Roig había escrito en 1971 que las guerras de independencia, que

cobran fuerza en todo el continente en las primeras décadas del siglo XIX, fueron los primeros pasos del *ponerse para sí*, y de ese reconocimiento del *valor simplemente para sí*—raíz conativa y dialéctica del a priori antropológico americano— cuando “la presencia del neoclasicismo y la imagen de Grecia antigua como tierra de libertad en donde los ciudadanos supieron enfrentar la tiranía, es sin duda un factor ideológico altamente significativo en este proceso de ponerse para sí de las nacientes repúblicas americanas” (Roig, 1971: 11).

La América emancipada imaginó y proyectó su republicanismo revolucionario como un retorno de la Grecia ideal. La imaginación política romántica hibridará ese ideal emancipatorio con el aguijón romántico de lo local. Claro que la idealización iluminista y eurocéntrica de la antigüedad clásica —aún vigente en ciertos modelos académicos “normalistas” de las universidades latinoamericanas (Cerutti, 2001)—, es una representación de la modernidad que no ha consumido del todo su lámpara alumbradora del tiempo histórico. Entretanto aquél dialéctico “ponerse a sí mismo” del sujeto que se abre a la praxis de la liberación como un efecto inmanente de su cerciorarse de sí, profiere la decibilidad encarnada de un drama vital. Pues el horizonte regulativo de su utopía libertaria viene transido por un espacio trágico-agonístico de experiencias políticas.

Ahora bien, si Nuestra América ha de prestar oídos todavía al ideal griego clasicista —redimido en un nuevo humanismo de la liberación—, ¿no debería hacerlo trasponiendo la velación y el olvido de su discursividad mestiza pragmático-existencialmente originaria? ¿Implicaría ese giro analógico un modo de escucha de su propio barroco existenciario, tensado por una temporalidad mestiza?<sup>8</sup> ¿Supondría ello proferir un simbolismo tropológico del

---

8 “El barroco —escribe Mauricio Beuchot— es un tiempo eminentemente mestizo, en el que ya la cultura latinoamericana ni es puramente española ni es puramente indígena. Tiene rasgos compartidos de las dos. También, el barroco es altamente simbólico. Es un tiempo en el que se mezclan y se tocan la metáfora y la metonimia. Y eso es lo propio de la analogía, el juego de lo metafórico en funciones metonímicas y el juego de lo metonímico en funciones metafóricas. Ni pura metonimia, ni pura metáfora, sino, como un pliegue que se dobla y tiene recovecos, se unen y trabajan juntas metáfora y metonimia. No es, entonces, una paradigma de lo solo literal, ni tampoco de lo solo alegórico, sino de la conciliación de los dos, en una dialéctica que se desliza como un pliegue, al modo como lo supo ver Deleuze en su descripción del barroco, que se remonta sin cesar, como un símbolo” (Beuchot, 2003: 114–115).

Ser que anuncie, entre arcaicos murmullos polifónicos, una tierra de redención del Logos? ¿No recomenzaríamos ese *diálogo intercultural* con los griegos, precisamente, desde una Nueva *Retórica* americana, y por consiguiente, en procura de una *phrónesis* de la conducta al servicio de una *praxis* de liberación orientada a la realización de la solidaridad y la dignidad en nuestro suelo —en nuestro topos—, como fines en sí mismos?<sup>9</sup>

Son preguntas —o a lo sumo indicios— que tal vez contengan futuras claves de aproximación a la *antropología de la emergencia* de Arturo Roig. Interrogaciones que inciten a revisitarse su obra —leerla, meditarla, inquirirla y aun releerla y reelaborarla críticamente—, como un acto libertario de política discursiva enunciado desde el locus del espacio de experiencia de la filosofía latinoamericana contemporánea. Y desde su horizonte de espera utópica.

---

9 Más allá del recorrido historiográfico de su libro *La retórica como pragmática y hermenéutica*, puede decirse que la operación filosófica fuerte que allí despliega Mauricio Beuchot estriba en restituir para nuestra propia experiencia cultural situada, la validez de la retórica aristotélica como paradigma clásico, en tanto éste apela al tipo de argumentación que toca al hombre total y concreto (Beuchot, 1998). Por cierto, esta restitución del corpus de la retórica clásica —y medieval— concierne a una antropología filosófica de intención ético-política fundada en el ideal de la *phrónesis*, pues la “retórica contribuye a educar en unos valores mínimos capaces de promover la búsqueda de niveles progresivos de justicia, solidaridad y equidad, la defensa y promoción de la dignidad humana, y el reconocimiento de todas las personas”, promoviendo “la responsabilidad juiciosa, que establece el horizonte axiológico con capacidad de invitar y guiar juiciosamente la acción”, en función de “las variables que contribuyen al crecimiento y desarrollo moral del ciudadano, donde se hace necesario incorporar elementos más emocionales y contextuales” (Beuchot y Arenas-Dolz, 2008: 257).

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Ardao, Arturo, (1987). "Primera idea del americanismo literario". En *La inteligencia latinoamericana*. División de Publicaciones y Extensiones de la Universidad de la República. Montevideo.

Arpini, Adriana, (2003). "Aportes metodológicos para una Historia de las Ideas Latinoamericanas". En *Otros discursos. Estudios de Historia de las Ideas Latinoamericanas*, Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza.

Beuchot, Mauricio, (1998). *La retórica como pragmática y hermenéutica*. Anthropos. Barcelona.

Beuchot, Mauricio, (2003). *Hermenéutica analógica y del umbral*. San Esteban, Aletheia. 34. Salamanca.

Beuchot, Mauricio, (2004). *Hermenéutica, analogía y símbolo*. Herder. México.

Beuchot, Mauricio y Francisco Arenas-Dolz, (2008). *Hermenéutica de la encrucijada. Analogía, retórica y filosofía*, (Epílogo de Gianni Vattimo). Anthropos. Barcelona.

Cerutti Guldberg, Horacio, (1993). "Hipótesis para una teoría del ensayo". En AA.VV., *El ensayo en Nuestra América. Para una reconceptualización*. UNAM. México.

Cerutti Guldberg, Horacio, (1996). "La tradición latinoamericana de la categoría de 'identidad' y su posible valor teórico futuro", en *Memoria comprometida*. Universidad Nacional Heredia. Costa Rica.

Cerutti Guldberg, Horacio, (2001). "La normalización filosófica y el problema de la filosofía iberoamericana en la primera mitad del siglo XX". En *Experiencias en el Tiempo*. Red Utopía-jitanjáfora. Morelia.

Cerutti Guldberg, Horacio, (2009). *Filosofando y con el mazo dando*. Biblioteca Nueva-UNAM Madrid.

Gracia, Jorge E., (1989). "Roig y la función de la filosofía en América Latina". En Rodríguez Lapuente, Manuel, y Horacio Cerutti Guldberg (comps.). *Arturo Andrés Roig, filósofo e historiador de las ideas*. Universidad de Guadalajara México.

Magallón Anaya, Mario, (2003). "Ideas sobre ensayo y utopía en América Latina". En Cerutti Guldberg, Horacio y Mario Magallón Anaya. *Historia de las ideas latinoamericanas. ¿Disciplina fenecida?* Casa Juan Pablos, Universidad de la Ciudad de México. México.

Oviedo, Gerardo, (2009). "Arturo Andrés Roig, lector de Sarmiento". En Muñoz, Marisa y Patrice Vermeren (comps.). *Repensando el siglo XIX desde América Latina y Francia. Homenaje al filósofo Arturo Andrés Roig*. Colihue. Buenos Aires.

Pérez Zabala, Carlos, (2005). *Arturo A. Roig. La filosofía latinoamericana como compromiso*. ICALA, Río Cuarto.

Rama, Ángel, (1998) [1984]. *La ciudad letrada*. Arca. Montevideo.

Ramos, Julio, (2003) [1989]. "Saber del otro: escritura y oralidad en el *Facundo* de D. F. Sarmiento". En *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. Cuarto Propio. Santiago de Chile.

Roig, Arturo Andrés, (1960–1961). "Notas sobre el eclecticismo en Argentina". En *Revista de Historia Americana y Argentina*. 5–6. Mendoza.

Roig, Arturo Andrés, (1970). "Domingo Faustino Sarmiento y José Hernández". En *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*. T I. 6. Mendoza.

Roig, Arturo Andrés, (1971). "Acerca del comienzo de la filosofía americana". En *Revista de la Universidad de México*. Vol. XXV. 8. México.

Roig, Arturo Andrés, (1980). "Nacionalidades, nacionalidad y cultura en Nuestra América". En *Tareas*. 50. Panamá.

Roig, Arturo Andrés, (1982). *Andrés Bello y los orígenes de la semiótica en América Latina*. EDUC. Quito.

Roig, Arturo Andrés, (1984 a). *Bolivarismo y filosofía latinoamericana*. FLACSO. Quito.

Roig, Arturo Andrés, (1984 b). "Notas para una lectura filosófica del siglo XIX". En *Revista de Historia de América*. 98. México.

Roig, Arturo Andrés, (1986). "El siglo XIX latinoamericano y las nuevas formas discursivas". En *El Pensamiento latinoamericano del siglo XIX*. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. México.

Roig, Arturo Andrés, (1987). "El discurso utópico y sus formas en la historia intelectual ecuatoriana". En *La utopía en el Ecuador*, (Estudio introductorio y selección de Arturo Roig). Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano. Quito.

Roig, Arturo Andrés, (1989). "Barbarie y feudalismo en las páginas de *Facundo*". En AA.VV., *¿Algo más sobre Sarmiento?* Universidad Nacional de San Juan. San Juan.

Arturo Andrés, (1991). "El *Facundo* como anticipo de una teoría del discurso". En *Historia de las ideas, teoría del discurso y pensamiento latinoamericano*. Revista Análisis. Vol. XXVIII. 53–54. Bogotá.

Roig, Arturo Andrés, (1993) [1989] "El discurso civilizatorio en Sarmiento y Alberdi", en *Rostro y filosofía de América Latina*, Mendoza, Ediunc.

Roig, Arturo A., (1994). "Política y lenguaje en el surgimiento de los países latinoamericanos". En Arturo A. Roig (coord.), *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, (Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía). Trotta. Madrid.

Roig, Arturo Andrés, (1995). "Consideraciones sobre la metodología de la historia de las ideas". En Picotti C. Dina V., (comp.). *Pensar desde América. Vigencia y desafíos actuales*. Catálogos Buenos Aires.

Roig, Arturo Andrés. (2001). "La Filosofía Latinoamericana en sus orígenes. Lenguaje y dialéctica en los escritos chilenos de Alberdi y Sarmiento". En *Caminos de la filosofía latinoamericana*. CE-ELA–Universidad del Zulia. Maracaibo.

Roig, Arturo Andrés, (2008) [1991]. "Descubrimiento de América y encuentro de culturas". En *El pensamiento latinoamericano y su aventura*. Ediciones El Andariego. Buenos Aires.

Roig, Arturo A., (2009) [1981]. *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*. Una Ventana. Buenos Aires.

Vermeren, Patrice, (2008). "Repensar el siglo XIX filosófico desde Arturo Andrés Roig". En Roig, Arturo Andrés. *Para una lectura filosófica de nuestro siglo XIX*. Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza.

Vitier, Medardo, (1945). *Del ensayo americano*. FCE. México.

Weinberg, Liliana, *Umbral del ensayo*. (2004). UNAM. México.

Recibido: Octubre 2011.

Aceptado: Diciembre 2012.